

el país de la razón y de la música. Fue el proyecto de un hombre articulado en un partido y llevado a cabo por gran parte de una nación. Nietzsche afirmaba en uno de sus aforismos que los pueblos malvados no tienen música y se preguntaba cómo entonces los alemanes la tenían. Alemania encarnó, en ese período, el mal, que Hannah Arendt conceptualizó ambiguamente de banal, ese mal del cual el resto de los hombres no podemos reivindicarnos como ajenos si queremos conseguir que ese tipo de atrocidades perfectamente articuladas y socializadas no vuelvan a repetirse. Además, el siglo de la planificación y de la prevención es también el siglo que inicia los grandes problemas ecológicos en su dimensión planetaria, el siglo de los ríos y los mares contaminados, de las ciudades contaminadas, de los alimentos contaminados. El siglo, pues, del progreso (¿es necesario recordar que venimos de la entronización de la razón que desemboca en el positivismo del siglo XIX tanto como de la reacción, compleja, del romanticismo?) La otra idea dieciochesca tan unida en cierto sentido a la de la modernidad, está llena de retrocesos, de descensos a lo irracional, al mundo de las creencias capaces de vivirnos oscuramente mientras nos movemos bajo la apariencia ultrarracional de la tecnología. El siglo en el cual la idea de la posible destrucción planetaria es no sólo un terror, como el de los antiguos, de tipo escatológico y religioso sino una idea posible.

El siglo de la ciencia y de la técnica es también el siglo de la mentira, como en buena medida mostró Jean François Revel en *El conocimiento inútil* (1988) pensando en la relación de los intelectuales y la política; y quizás el siglo más rico en jergas, desde las de las ciencias sociales a las filosóficas, sin olvidar las producidas por la crítica literaria, nuevo traje del Emperador de débiles lectores. Quizás por eso en los últimos años de la centuria se da una reivindicación, a veces un poco supersticiosa, de la claridad y del pie a tierra. Tras décadas de mundos subatómicos, estructuras en las cuales somos meros instrumentos, inconsciente y utopías sin cuento, el ciudadano parece querer bajarse de dicha noria y comprar sencillamente el periódico. Pero ¿es posible esto? El anatematizado Raymond Aron —para la izquierda ortodoxa que vio en él a un enemigo lúcido— comienza a ser leído con buenos ojos; Isaiah Berlin, un historiador de las ideas acentuadamente empirista es tomado como referente, aunque no sea un pensador central (de hecho ya no hay pensadores centrales...). Sartre se ha convertido en una antigualla; Heidegger, el gran filósofo, padre de tantas cosas profundas unas, pedantes y reaccionarias las más, es leído por pocos y con cuidado de no enredarse en sus marañas. Y si bien el gran filósofo, creador de un sistema total o con respuestas para todo ha desaparecido por ahora, han surgido mil pensadores con breviaros sobre el buen comer, dormir, vivir y

morir, algunos enlazando con lo mejor del espíritu de Michel de Montaigne, otros con la sección femenina adaptada a los intereses más amplios de nuestra sociedad abierta. Es lo que se llama una filosofía sin metafísica y sin muchas pretensiones, porque de alguna manera se percibe que en pretensiones hemos ido demasiado lejos. Aunque los filósofos no parecen querer alejarse demasiado de casa, los científicos no se han detenido, ni siquiera en su reivindicación de la metafísica, de las preguntas primeras y últimas y de otros asuntos que ocuparon a los pensadores desde los presocráticos y que el filósofo moderno parece haber desechado. Octavio Paz, en *La llama doble* (1925) señaló críticamente tal ausencia en el pensamiento «filosófico» actual. Quizás, afirmó el poeta y pensador mexicano, los verdaderos filósofos actuales estén entre la clase científica.

Hace ya un par de décadas que asistimos a la caída de las máscaras, aunque ese desvelamiento no signifique el encuentro directo con la supuesta realidad. El ser revela su otro ser; la mentira, el rostro vergonzante alimentado a la sombra de las buenas conciencias que supusieron el bien y volvieron el rostro a la realidad. Ser lo que no es: quizás esta ecuación pueda ser una imagen aceptable —otra más— para acercarnos a estos años: tiempo en el que las realidades ocultas o reprimidas se vengan o surgen de nuevo bajo el rostro de la melancolía. Muchos de nuestros grandes proyectos, especialmente los político-filosóficos, se han revelado como mentira y en su lugar se ha extendido algo muy distinto de los absolutos que han arrasado el siglo y ante cuya herencia nos sentimos tímidos y pragmáticos, desconfiados y escépticos. Me refiero a la democracia, una forma estatal que no da respuestas a la vida, que no busca nada y que sólo permite las búsquedas, incluida la de su perfección. Para el occidental que yo soy, nacido en la segunda mitad de este siglo que las fechas con cierta ingenuidad pero razonable entendimiento cierran, esa y otras posibilidades de la democracia son de una importancia radical, pero comprendo bien que algo tan de andar por casa provoque depresiones y la melancolía propia del objeto perdido, un objeto, en este caso, ideal, que nunca vimos ni tocamos pero que hemos vivido en el orden de las ideas y de la geometría como una realidad tangible y por la cual hemos abrazado el terror en aras de su cumplimiento. Este siglo prometió —en su vertiente más filantrópica— el fin de la alienación, de las contradicciones sociales, aunque la práctica de las sociedades donde se han llevado a cabo esas revoluciones ha sido, desde el principio, contraria a esos anhelos. Los campos de concentración son el símbolo del comunismo y del nazismo. Sin embargo, marxistas y comunistas quisieron el bien universal (no los nazis que lo quisieron para ellos), y quizás en la esquizofrenia entre deseo y realidad radique uno de los enigmas más des-

concertantes de nuestro tiempo, y cuando digo nuestro tiempo entiendo que las fechas no son tan estrictas como la convención, incluso la aquí señalada, pretende.

Freud, cuya *Interpretación de los sueños* inauguró el siglo que ya acaba, quizás sea en este sentido la figura más paradójicamente emblemática y la que en cierto modo nos puede ayudar no sólo a comprender lo que hemos sido (sentido histórico) sino lo que somos y podemos ser. A diferencia de otros pensadores y poetas no proclamó el cambio de la naturaleza humana sino que buscó algo más modesto, la terapia, aún sabiendo que la «curación» no podía serlo del todo si la llamada neurosis es la respuesta que el hombre da a su desviación de la naturaleza. Probablemente ni Nietzsche ni Freud tenían razón en esto: el hombre no es una enfermedad. ¿Cuál sería la curación y qué sería ese hombre ya sano de sí mismo? ¿Cuál sería el origen cuya identidad proclamaría nuestra salud? El hombre, volvemos a Ortega, no es una identidad mostrenca, una esencia que el pasado, la nación o los dioses otorgan sino la búsqueda de sí mismo, un querer ser. Si algo ha sido nuestro siglo –y soy consciente de que es una frase algo retórica porque cada vez que se plantea no cesan de surgir aspectos distintos de *lo que el hombre ha sido en el siglo*– es búsqueda, exaltación de la utopía, destripamiento del ahora, vértigo hacia el futuro. Quizás el tiempo que se inicia (si de verdad se inicia un tiempo, cosa nada probable a pesar del paso cansino del calendario) sea el de otro tipo de utopía: la conciencia de que lo que somos está siempre a un paso de nosotros y por lo tanto en un no lugar, en un lugar dibujado y reinventado cada día por la palabra deseo. Ese no-ser proyecta, sin embargo, nuestro rostro, no una identidad fija y estatutaria sino la del deseo buscando su propia otredad entre los otros y lo otro. El balanceo entre el ahora, único lugar desde el que podemos desear, y lo que deseamos (ser, sea lo que fuere el objeto o el sujeto de nuestro deseo), inminencia de tiempo, quizás pueda constituir un saber de la temporalidad capaz de suscitar nos la sonrisa de la reconciliación. Entre lo que somos y lo que seremos se desliza algo que sólo la acción nos permite vislumbrar, la libertad, gracias a la cual podemos lograr aquel viejo ideal de Montaigne, pertenecemos.